

MUSICA POPULAR VASCA (VII)

Los domingos de antaño

A principios de este siglo los terrenos de labrantío dedicados al cultivo de la manzana eran mucho más numerosos de los que hoy día son; con la irrupción desmesurada del pino han desaparecido muchos manzanares y para dar abasto a la demanda de sidra, hoy día nos vemos en la necesidad de importar manzana de Asturias o de Normandía.

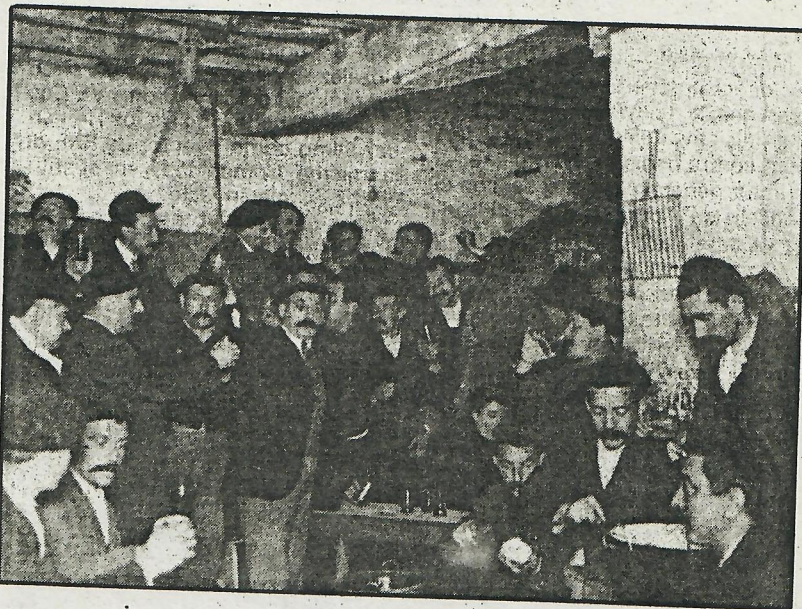
Hace cien años la situación era exactamente la contraria; había tal exceso de manzana que al no poder venderse toda en el mercado la gran mayoría de los caseros destinaban parte del alijo a la elaboración de sidra. Y, naturalmente, abundaban las sidrerías y los case-ríos en que a cambio de cuatro reales uno tenía derecho a un ligero menú y a toda la sidra que pudiera consumir. Y degustar la sidra de éste o de otro caserío era una excelente excusa para pasar el domingo en compañía de los co-frades o con la familia.

Tomemos como ejemplo el ca-serío Sarobe de Orio. Cuando los toneles se llenaban de sidra daban aviso a la Alcaldía y el domingo a la salida de la misa mayor el alguacil daba el siguiente bando a toque de tambor:

Hasi da sagardo berria
Orioko Sarobe baserrian
litroko errialean.

Por la tarde hasta ochenta personas se juntaban en Sarobe. Previo pago de cuatro reales tenían derecho los comensales a sopa de lapas, tortilla de bacalao, nueces, castañas y sidra.

Además de sidrería, este caserío era un centro musical de relativa importancia, acorde con la época. Los domingos por la tarde no solamente acudían músicos espontáneos de cualquier rincón guipuz-coano sino que los mismos due-ños de Sarobe han tenido un don especial para los instrumentos mu-sicales. El que entonces era el etxeko-jau, Antonio Peña, tocaba el txistu y tamboril, trikitrixa, dul-zaina, trompa, toberas y todo aquello que pudiera sonar, amén de ser un hábil improvisador de versos rimados. Otro tanto ocurre



con el actual mayorazgo, capaz de oír una pieza una sola vez, grabarla en la memoria y sin la menor idea de solfeo ni armonía, volver a re-producir la en su acordeón a las pocas horas.

Pero volvamos al caserío de principios de siglo. Hacia las cuatro o cinco de la tarde llegaban los convidados, que tras las primeras libaciones de sidra pedían música al dueño de la casa. Este no se hacía rogar. Comenzaban con el baile de la silla, muy en boga por aquel entonces y que hoy ha desaparecido totalmente. Se colocaban tres sillas en hilera y seis danzantes evolucionaban entre ellas al son de una conocida melodía. Continuaban con fandangos y ariñ-ariñ y arrimados valeses y polkas.

Para los que no fueran aficiona-dos a la danza había en el mismo caserío un juego de toca y otro de bolos, además de piedras de dife-rente forma y peso, pues las apuestas que allí mismo se concer-taban, bajo las influencias de la sidra, eran muy numerosas.

700 litros de sidra por día

Si la noche era de luna continua-ba el baile hasta la medianoche

alternando con visitas al tonel y a la cocina. Dicen que en un solo día se bebían hasta setecientos litros de sidra, según el tipo de gente que acudiera. Recuerdan especialmente a la cuadrilla de canteros de Igueldo, conocidos por sus excesos.

Estos ganaban hasta un duro de plata por día trabajando con el ba-rreno y la palanca; cuando tomaban dos o tres días de fiesta se encami-naban en grupo y a pie desde Igueldo hasta Orio, donde se resarcían de las penalidades y dureza de su trabajo bebiendo volúmenes re-cords de sidra, además de ser los más dispuestos a cualquier tipo de apuesta y los más bullangueros en el baile.

A la medianoche y una vez finali-zada la música, para los más afortu-nados era el momento de la lírica neska-laguntza y para los que se encontraran en trance etílico el mo-mento de encaminarse al pajar o buscar una meta de helechos o simplemente un montón de heno donde tumbarse y dormir.